



IV sección
Polifonía y reconocimiento de la población LGBTQ+

**De espejo a espejo: sujeción y subjetivación de las mujeres transexuales
en *Atrevidas. Relatos polifónicos de mujeres trans* (2019), de Camila
Schumacher**

Ronald Campos López
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
ronald.camposlopez@ucr.ac.cr
<https://orcid.org/0000-0001-5168-8392>

Recepción: 9 de octubre de 2020

Aprobación: 21 de enero de 2021

Resumen: Con respecto al cuentario *Atrevidas. Relatos polifónicos de mujeres trans* (2019), de la costarricense Camila Schumacher, se analiza en este artículo el diálogo entre la sujeción y la subjetivación de las mujeres transexuales. Como ejercicio del primer proceso, a estas mujeres se les impone un triple espejo, a fin de *recordarles* tres identidades asignadas: que 1) desde la lógica sexogenérica, ellas *son* hombres; 2) desde la categoría homosexual, ellas *son* playos; 3) desde lo *incoherente*, ellas *son eso*. No obstante, como ejercicio de la subjetivación, las mujeres transexuales del cuentario despliegan el poder artístico y creador al mirarse también en un triple espejo: 1) el de ser mujer, 2) el de ser sin categorías y 3) el de ser una transexual mayor. Se establecen las consecuencias de ambos procesos de construcción de las identidades femeninas trans, tanto en el nivel individual, como colectivo. Asimismo, se apela a la persona lectora como agente de cambio político y social con respecto al *habitus* transfóbico.

Palabras clave: Literatura costarricense, cuento, transexualidad, sujeción, subjetivación



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

From mirror to mirror: transsexual women subject and subjectivation at *Daring. Polyphonic Stories of Trans Women* (2019), by Camila Schumacher

Abstract: This article analyzes the dialogue between subject and subjectivation of transsexual women at the tale book *Daring. Polyphonic Stories of Trans Women* (2019), by Costa Rican Camila Schumacher. As exercise of subject process, a triple mirror is imposed to these women, to *remind* them three assigned identities: 1) from the gender logic, they *are* men; 2) from the homosexual category, they *are* fags; 3) from the incoherent, they *are* *it*. However, as exercise of subjectivation process, the tale book's transsexual women display artistic and creative power, when they look at also a triple mirror: 1) the of being a woman; 2) the of being without categories; 3) the of being an older transsexual. The individual and collective consequences of subject and subjectivation as construction processes of trans female identities are established. Likewise, the reader is appealed as agent of political and social change, with regard to the transphobic *habitus*.

Keywords: Costa Rican literature, tale, transsexuality, subject, subjectivation

1. Novedad y relevancia de un cuentario

El cuentario *Atrevidas. Relatos polifónicos de mujeres trans* (2019), de Camila Schumacher, compila 30 relatos, cuyas historias fueron recopiladas por la autora, mientras fungía como educadora en la fundación Transvida. Al tiempo que ella ayudaba a las mujeres trans a terminar sus estudios de secundaria: “Me contaron sus historias haciendo filas en hospitales, otras en recreos de clases o en las cárceles donde están algunas. La idea no era contar algo ajeno, sino relatos que me tocaron y eso se combinó con la literatura, que es algo que me toca todos los días’, explicó la autora” (Soto, 2020, §4). Estos 30 relatos se encuentran distribuidos en 8 partes: “Los niños que odiaban los espejos”, “La sa(n)grada familia”, “Con pan y chorizo”, “Cuerpos nativos”, “La noche es otro país”, “Huyo de mí / nada soy”, “Trans las rejas” y “Adultas mayores”. Asimismo, el volumen ofrece al final un glosario que permite conocer, comprender y rescatar la variedad “del español en transición” (Schumacher, 2019, p. 147).



La novedad y relevancia del cuentario radican en que este marca un precedente en la literatura nacional: gracias a sus narraciones homodiegéticas – algunas autodiegéticas, otras alodiegéticas (Genette, 1989; Molina, 2006; Valles-Calatrava, 2008)–, los cuentos de *Atrevidas* son los primeros en ceder a las mujeres transexuales e intersexuales la palabra, que canónica y culturalmente ha estado en boca y posesión de la heteronormatividad. En la mayoría de los cuentos, las narradoras son mujeres trans; únicamente en “La mujer que, en mí, dormía”, la narradora es una persona intersexual. “La suya es una historia colectiva que los libros, en Costa Rica, no cuentan” (p. 7) afirma, sin miedo a equívocos, Schumacher (2019) en el prólogo. Dentro de las prácticas discursivas LGBTIQ+ costarricenses, las voces trans comienzan a ganar poco a poco espacios de enunciación y visibilización; por ejemplo: en el cine, la película *Abrázame como antes* (2016), de Jurgén Ureña; la obra de teatro *Qué sabés de la realidad de las mujeres trans en Costa Rica*, presentada en noviembre de 2017 en el Teatro Urbano¹; la reciente poesía de Jean Matarrita en la antología *Verso diverso* (Angulo, 2018); y, ahora, los cuentos de Schumacher. Gracias, pues, a esta novedad y relevancia, *Atrevidas* mereció en 2020 el premio nacional de Literatura Aquileo J. Echeverría 2019.

La polifonía evocada desde el subtítulo invita, siguiendo a Bajtín (2003), a concebir *Atrevidas* como producto de una sociedad caótica donde se manifiestan la individualidad de mundos y la multiplicidad de planos y voces que, en el caso de las personas trans –y LGBTIQ+ en general–, lamentablemente continúan siendo víctimas de la discriminación y la injuria. Este cuentario logra consolidarse como una unidad enteramente dialógica; un diálogo polémicamente matizado, resistente o abierto aun a la misma heteronorma. Así, a través de sus 30 relatos, se asiste a una pluralidad de centros y consciencias independientes e inconfundibles, no reducidos a un común denominador ideológico, pues tales voces se dicen desde una postura de sujeción o de subjetivación, cuyo contrapunto deja escuchar los

¹ Una breve cápsula informativa sobre esta obra en el link <https://fb.watch/3Ja4wdR4zZ/>



discursos que los personajes han asimilado, los atraviesan y que se activan cuando hablan. Desde este punto de vista, *Atrevidas* permite escuchar varias consciencias que cantan de manera diferente un mismo tema: el carácter polifacético de las vivencias humanas trans, ya en contra del sistema hegemónico heteropatriarcal, ya en refuerzo de este. He aquí el atrevimiento que se programa desde el título mismo del cuentario.

2. El triple espejo de la sujeción

Como se dijo, la heterogeneidad de voces en *Atrevidas* se mueve entre la sujeción y la subjetivación. Por el momento, atiéndase la primera vertiente. Con base en Butler (1995, 2001, 2002, 2007), Eribon (2000), Barthes (2003), Preciado (2005) y Rojas (2012), compréndase por *sujeción* la atribución y asunción de una identidad, de unos rasgos estables dados por el poder hegemónico, en su pretensión de querer-asir a las personas. De este modo, cada sujeto está sumiso al poder y dispuesto a ser (re)producido por un ideal normativo. Esta subordinación busca que, desde la matriz cultural falogocentrista, la identidad preserve, mediante la iterabilidad, conceptos estabilizadores de sexo, género y sexualidad dentro de las convenciones heterosexuales y fálicas que el discurso y el poder determinan. La sujeción, entonces, se encarga de asignar una identidad y un sojuzgamiento. En función de la sujeción, el sujeto cultural heteronormativo reconoce, desde las categorías de sexo-género, cuerpo, deseo, clase social y etnia, como sujetos *reales* o *normales* a las personas de género binario, heterosexuales, que responden a la sexualidad reproductiva, católicas o evangélicas, moralmente correctas, de clases medias y altas, educadas, blancas; al tiempo que separa y legitima la violencia e injuria contra aquellas personas *irreales* o *inciertas*: aquellas cuya identidad resulta *ininteligible* (por ejemplo, las personas transexuales) y, por tanto, consideradas como *otras*.



En virtud de lo anterior, Missé (2013) exhorta a entender que el interés por las cuestiones trans no implica solo a las personas transexuales. Independientemente de las identidad de género, las personas deben dejar de concentrarse en los *otros* y enfocarse más bien en el sistema que produce la normalidad y normatividad y, con ellas, las fronteras entre lo normal/lo otro, dentro/fuera; y, en consecuencia, pasar de la pregunta sobre el porqué de la transexualidad a la pregunta sobre el porqué de la transfobia y su relación con la patologización; y, agréguese a esta aseveración del activista español, su relación con el porqué de la sujeción.

“Solo en San José y, aunque no exista un censo oficial, son cientos las mujeres trans que tienen que construirse a sí mismas. Vencer los estereotipos. Trabajar, comer, aprender, vivir en la calle. Mujeres con sueños truncados, pero, a prueba de balines y portazos” dice el prólogo (Schumacher, 2019, p. 7). Estas realidades se inscriben en *Atrevidas*, cuentario donde se observa que el proceso de sujeción se ejerce sobre las mujeres transexuales al enfrentarlas a un triple espejo que se les impone, a fin de *recordarles* alguna de estas tres identidades asignadas o todas: primero que, desde la lógica sexogenérica, ellas *son* hombres; segundo, desde la categoría homosexual, ellas *son* playos; tercero, desde lo *incoherente*, ellas *son* eso. A continuación, se explicará cada uno de estos espejos.

En el cuento “Sin palabras”, la narradora recuerda cómo, mediante la iteración de cortarle a la fuerza el pelo en una barbería, se le imponía desde la niñez el gesto identitario de que ella era un él:

Tenía el pelo largo; como era machito no querían cortármelo para que no se me oscureciera. Tenía el pelo largo y rubio, pero un día a mi abuela se le hizo que ya era demasiado, y me llevaron a una barbería...

Yo sé que no es posible que me doliera, pero recuerdo que sí, que cada mechón que veía en el piso me hacía retorcerme y gritar, y mientras el peluquero intentaba terminar rápido, entre dos, me sostenían la cabeza para que no fuera a ocurrir un accidente. [...]

Luego el pelo creció y dejé de orinarme, hasta que volvieron a cortarme el pelo, y volvió a ser un drama en la barbería y otro cada mañana, cuando amanecía el colchón inundado. (Schumacher, 2019, pp. 23-24)



Lo anterior le generaba trauma a la protagonista (“esa noche me oriné en la cama. La siguiente también, y muchas otras. mi mamá no entendía y yo tampoco. Hace años había dejado de usar pañales”, Schumacher, 2019, p. 24) y, desde entonces, la convertía en víctima de la forzosa socialización binaria. En términos de Preciado (2005), este acto ilustraría el régimen biopolítico que gestiona y administra los cuerpos y sus deseos.

En “Encaje”, la narradora asume el espejo de ser un mejengüero ante la familia, a fin de despistarla de sus sesiones, cuando se quedaba a solas en casa y explora su transformación ante el espejo de su imagen deseada:

Por dicha había perro, y los ladridos anunciaban si alguien se acercaba a la casa. Yo no sé ni cómo, corría y dejaba todo en orden y volvía a encerrarme en el baño, y en carreras me lavaba el empaste de maquillaje, y salía pero estilando, así que si me preguntaban, contestaba siempre lo mismo: que venía de mejengüear... ¡Viera qué contentos se ponían, porque la verdad es que nunca me habían visto correr detrás de una bola, y de fijo que sospechaban que algo raro me pasaba! Dos pájaros de un tiro, como quien dice. Yo podía ser yo, y ellos podían creer que era como querían que fuese. (Schumacher, 2019, pp. 14-15)

En “Jabón”, se impone de nuevo el espejo mediante la educación y la presión del deporte, pensado culturalmente como exclusivo de los hombres: “Tengo once años, y mi profesor de educación física me pide que corra como hombre, que haga lagartijas como hombre, que pateo la bola como hombre, que ataje como hombre” (Schumacher, 2019, p. 25). La familia se encarga igualmente de imponerlo mediante el rechazo y el abandono.

El enfrentamiento o asunción de este espejo genera, sin duda, un duelo diario y *normalizado* de imágenes entre la mujer que se desea ser y el hombre que *debería ser*. Así se reitera, por ejemplo, en “La mujer que, en mí, dormía” o “La troupe del circo”, respectivamente:

En fin que yo, la mayor parte de mi vida, me la pasé en la casa o en el barrio, cantando. Cuando ya adolescente me pedían que me presentara en bailes y





eventos, comencé a vestirme y maquillarme. Todos los chunches me los prestaba una hermana mía, y como iba con el papel, lejos de molestarme me daba fama... a mis papás no les decíamos para ahorrarles el disgusto, entonces yo salía y entrababa a la casa como hombrecito y me transformaba para el escenario. No es que fuera normal, pero tampoco lo veía raro.
[...]

Yo tenía a cargo el vestuario de las compañeras, costura, lavado, plancha. Me sentía estupenda entre las plumas y las lentejuelas. Además, durante las funciones vendía refrescos y palomitas de maíz. Muy juiciosa pero bastante escondida porque eran muy estrictos y me dejaban circular pero como hombrecito. [...] De noche por unas horas, obligada para mantener el trabajo, me disfrazaba de varón. (Schumacher, 2019, pp. 65 y 96-97)

En cuanto a ser playo, en cuentos como “Madre” o “Irina Valentina Barcelona”, la familia e institución bancaria se encargan respectivamente de homologar al transexual con el homosexual: “Yo nunca me había imaginado que fuera playo, así que cuando mi papá decía que si alguno le salía carraco lo echaba de la casa, a mí me daba risa”; “con el primer polvo que cobré fui al Popular a abrirme una cuenta de ahorro y escuché a los cajeros murmurar entre risas ‘cotizado el playito’” (Schumacher, pp. 29 y 108). La lexía “playo” registra una carga semántica vulgar y ofensiva en el habla costarricense (Campos, 2010); su uso es muy frecuente y se la asocia con el comportamiento sexual estigmatizado (Calvo, 2013). La homologación playo-mujer transexual es posible, ya que se vierten en aquel vocablo los discursos con que se ha configurado la categoría homosexual desde el siglo XIX. Primero, el religioso, el cual lleva a las mujeres transexuales a creerse diablos, maldosas y pecadoras; por ejemplo, en “Encaje” o “Hasta la tumba”, respectivamente:

quedito pedía y me arrepentía ante Dios, y me imponía como diez penitencias de feria, para empatar, como quien dice, ¿no? [...] El cura de una vez me puso el castigo, no me hizo preguntas, nada, y yo rezaba, y ni sé para qué, si era para pedir perdón o para que en la cabeza no se me metiera ninguna otra palabra que no fuera del rezo, ninguna idea, nada.
[...]

sé que no es muy correcto, pero una ya lleva acumulados tantos pecados que al Juicio Final va ir [sic] manejando un tráiler (Schumacher, 2019, pp. 15-17 y 53)



El discurso jurídico configura y legitima a las mujeres transexuales como *auténticas criminales*. Esta es la imagen más extendida a lo largo del cuentario y resulta significativo que haya todo un apartado que evoca tal discurso: “Trans las rejas”. El discurso médico también se deja escuchar, aunque menos, y ello resulta paradójico, teniendo en cuenta que la categoría transexual nace del conocimiento científico occidental de mediados del siglo XX, el cual concibe la transexualidad como una discordancia entre identidad de género y sexo biológico; un cuerpo incorrecto o en tránsito que rompe el contexto heteronormativo y, por eso, queda fuera de él (Missé, 2013). Aun así, más que la referencia a las terapias de conversión en el cuento “Señora” (“A las que no se las llevó el bicho del Sida, o la violencia, las convencieron para que volvieran a cambiar, y entonces si una no las reconoce de antes, fácil las confunde con cualquier varón... rarito, pero, varón”, Schumacher, 2019, p. 143), las palabras de la narradora en “10 kilos de pechuga” son suficientes para evidenciar cómo el discurso patologizador médico ubica a las personas trans en el lugar del enfermo, del paciente (Missé, 2013): “Los doctores me tenían que atender obligados y lo hacían con asco y de mala manera” (p. 73). El discurso moral, por último, le asigna a la mujer transexual la calidad de aberración y pedófila en los cuentos “Madre” e “Hija”, respectivamente:

Lo último que él dijo es que no se me ocurriera quedarme por ahí, porque si amanecía en el patio, o en la acera, iba a dejarme hecho un cromo por marica, porque era una aberración y yo bien sabía que esas cosas, tanto en mi casa como a los ojos de Dios, estaban prohibidas.

[...]

Lo que pasó primero es que, cuando ajusté los quince, ocurrió una desgracia, que fue que una vecina me denunció con la cinta de que le había abusado a un nieto de ella, y era eso un cuento, porque para empezar nada fue por perversión, y para rematar, ese güila tenía un plumero y era más bichillo que yo (Schumacher, 2019, pp. 31 y 38).

Por último, el espejo de ser eso les devuelve a las mujeres transexuales la imagen de una persona *ininteligible*, *rara* para la heteronormatividad, pues dicha imagen, al ser la de un cuerpo en tránsito, modificado, que *fluye* libremente su





identidad y género, y pone en crisis los extremos del género binario. Este no entendimiento genera en la heteronorma una congoja y, para aliviar su nece(si)dad definitoria y clasificatoria de rasgos estables, llena, por una parte, el eso con estereotipos y prejuicios (como que transexual y travesti son lo mismo; que toda transexual es puta, drogadicta, pobre, marginal, infeliz, sola, criminal, seropositiva, sidoso, que pertenece al ámbito de la clandestinidad y la noche...); por otra, plantea una cosificación de la mujer transexual, al igual que objetualiza a la mujer cissexual, lesbiana o al mismo playo. Este espejo es el más fuertemente reiterado a lo largo del cuentario, ya que la mayoría de las narradoras asume este modelo negativizado que la matriz heteronormativa y el régimen biopolítico se han encargado de (re)producir y reforzar hasta el punto de que ellas lo encarnen, lo vivan, se lo crean.

He aquí, por tanto, los objetivos de este artículo: visibilizar estos espejos y crear consciencia acerca de ellos, de sus efectos de subordinación, a fin de comprender las representaciones de las mujeres transexuales que los discursos hegemónicos y el *habitus* transfóbico desean que ellas y el resto de sujetos se crean sin cuestionárselos. Sin embargo, resulta un deber el tenerlos claros, para justamente deconstruirlos y descolonizarse del texto cultural transfóbico que opera en el sujeto cultural costarricense¹.

Esta tarea de deconstrucción y descolonización, sin embargo, no es fácil, y el mismo cuentario muestra los mecanismos que garantizan la sujeción de las mujeres transexuales a aquellos tres espejos. Por un lado, la violencia simbólica, manifiesta a través de la imposición de que usen ropa masculina, la iteración del corte de pelo en la barbería, como se ha mencionado; o bien, el no reconocerles su nombre de mujer y llamarlas por uno masculino, la risa y su ridiculización: “yo cada vez que tengo que ir a hacer un trámite, me tengo que amarrar para no írmele encima a los de la ventanilla, y es que no falta quien, para joder, cuando ve la cédula no le salga a una con un ‘Señor’, o le grite el nombre registral o algo peor” (Schumacher, 2019, p. 53).



Por otro lado, la violencia institucional se demuestra ampliamente, por medio del rechazo y abandono de parte de las familias, o incluso el propio escarnio público promovido por la misma familia en el espacio doméstico o ante la iglesia; el no reconocimiento o negligencia a la hora de aplicar la legalización de la identidad y nombre trans; la desprotección de servicios de salud, porque ya se los niegan, ya se los dan con insultos y desprecios, los cuales llevan a estas mujeres a alejarse a fin de no recibirlos; la discriminación, exclusión, prejuicios y *bullying* dentro de los centros educativos; o el abuso de autoridad de agentes policíacos. Se encuentran ejemplos significativos de esta violencia institucional en “Encaje”, “Hasta en la tumba”, “10 kilos de pechuga”, “A la puta, calle” y “Las reinas de la Peni”, respectivamente:

Llegamos a las gradas de la iglesia, justo cuando todo el pueblo venía para afuera. Ahí fue que él me soltó y se hizo para atrás, y yo tenía que sostenerme los chucos con las manos, porque me venían grandes y me iban a ver chingo, y se me vino encima como una turba en risa...

¿Saben? Nunca me sentí más humillado ni más hombrerito que ahí; por eso, alcé la cara como los machos para mirar de frente a mi mamá, a mi abuela, para que me cayeran los coscos, pero bien.

[...]

Lo triste es que así, cuando a una, desde el gobierno (porque todas esas oficinas, la mayoría son del Estado y entonces esa gente es gobierno, de una manera o de otra), desde el gobierno la van ninguneando, la agarran para chota, pues al final la convencen a una de renunciar a los derechos de irse de la clínica aunque se esté muriendo, de salirse del colegio porque, total, si a una le fuera bien y sacara el bachiller, igual en el título saldría el nombre, y en la lista, y con qué cara va una a desfilarse a recoger ese cartón, si lo que quiere más bien es meter la cabeza bajo tierra, o que la tierra directamente la trague.

[...]

A veces sí me atendían, y más bien se llenaba la consulta de estudiantes y de curiosos que me manoseaban, me preguntaban cómo me había dejado poner eso ahí, me miraban, me trataban de bruta y me decían caballero, me recetaban acetaminofén y me explicaban que –sí o sí– tenía que pasar por quirófano, pero que sin cédula y sin carnet no podían ponerme ni en lista de espera.

[...]



La primera vez que me olvidé de hacer una tarea, la profesora me dijo que no me preocupara, si total, en unos meses, en lugar de un pupitre, ocuparía un poste; en vez de un aula, alguna esquina. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y pedí permiso para ir al baño y entonces, por primera vez, vi mi nombre escrito. Con corrector, en una pared, habían puesto mi nombre, y abajo decía “Chúpemela”, y abajo decía “venga y se la meto”, y abajo decía no sé... como otras veinte cosas que no recuerdo ni cuáles era, porque de la pared pasaron a escribirlas en hojas sueltas, en los pupitres, en mis propios cuadernos, que me pedían prestados, o me arrebataban del bulto.

[...]

El alcalde decía: bueno, su multa es mil colones, la suya setecientos, la suya trescientos... no había monto fijo, ni delito establecido. Luego la Corte cerraba para almorzar, luego volvía y seguía el desfile. Ya con la multa impuesta, una tenía derecho a una llamada para conseguir la plata, pero hasta que llegaba alguien ya era hora de cerrar, y la pasaban a San Sebastián o la dejaban a dormir otra noche más ahí, y le iban metiendo en la celda los maleantes más feos y temibles, y le orinaban el colchón o directo encima de una. Si no había con qué pagar la multa, entonces la dejaban ocho, doce, dieciocho días penando.

[...]

Después, más bien que toda la infancia me anduvieron el pelo a rape. Disfrazado muy de hombrecito y me reprendieron por todas la mariconadas que cometí, como escaquearles las barbies a mis hermanas, o pintarme los labios con pilot, o ponerme el paño en la cabeza como si fuera peluca. ¡La de fajeadas que recibí! No llevo la cuenta porque sería infinita. (Schumacher, 2019, pp. 17, 55, 73, 80-81, 114 y 141)

Por su parte, se encuentra también la violencia física, la cual va desde la humillación, castigos y maltratos de parte de familiares, amigos, maestros, agentes policiales, como se ha visto, hasta la muerte, pasando por la venganza, la saña y los abusos sexuales. Sobre estos últimos puntos, dan cuenta “Irina Valentina Barcelona” y “Las reinas de la Peni”:

Nicole quedan dos: las de Heredia, porque la de Cartago va a hacer dos años que murió, despuesito que la Morelia y la Michelle que la mataron aquellos maleantes...

[...]



Huí [sic] de Costa Rica en el 97 después de una golpiza policial. Ya había denunciado a varios agentes ante Amnistía Internacional por violaciones a los Derechos Humanos. Logré documentar más de una decena de casos, el mío propio a la cabeza. Conseguí que reubicaran algunos de esos malditos pero conseguí que otros me tuvieran más inquina. Entonces una madrugada en la que me habían cogido y maltratado sentí que lo había perdido todo, menos la vida.

[...]

También nos cargaban en pick up, y mojaban el cajón y le ponían electricidad. O nos corrían a pie. Ellos iban armados y prácticamente eran dueños de la vida de nosotras. Abusaban. Sexualmente también, y luego, para que no fuéramos a decir nada, nos arreaban duro, con la saña de haber pecado. (Schumacher, 2019, pp. 58, 108 y 114)

Estos mecanismos de sujeción, en fin, evidencian la inscripción del *habitus* transfóbico costarricense en *Atrevidas*. En este, por tanto, se narran la naturalización y efectividad de las estructuras mentales que permiten el funcionamiento de la estigmatización e injuria, perfilan y colonizan la personalidad y subjetividad de las mujeres transexuales, por ejemplo, el asumir desde jovencitas que ser una mujer transexual equivale a ser “puta” (“Yo me quedaba con lo primero [que se veían preciosas], y lo otro pensaba que era porque eran putas, porque estaban borrachas... no sé. Yo era tan inocente que estaba convencida de que no necesariamente las dos cosas eran una sola. Creía que se podía elegir”, Schumacher, 2019, p. 79). Asimismo, estas estructuras mentales llevan a las mujeres transexuales a ubicar sus cuerpos en el paradigma del error, porque las hace sentir que son mujeres atrapadas en cuerpos de hombres (“yo agradezco y canto el repertorio de siempre y la de Quinceañera: *Yo no sé porque mi cuerpo cambia día tras día/ Y siento que yo ya no soy la misma/ ¿Qué será? (...) Ahora, despierta la mujer que en mí dormía (...)*”, p. 68). Aquellas estructuras les recuerdan o las hacen recordar que *son* una ficción, una mala copia de las mujeres cissexuales o del cisgénero (“ella [mi hija] es idéntica a mí, pero mejor: una versión de lo que sería yo, si hubiera nacido perfecta y la vida no hubiera terminado de estropearme”,



p. 41). Así las cosas, las mujeres transexuales en *Atrevidas* sustentan su inferiorización, su representación infamante y la legitimación de su hostilidad, desautorización, apresamiento, desposesión y crímenes de odio. El cuentario evidencia cómo la injuria se concierte en el signo de la vulnerabilidad psicológica y social de las mujeres trans. En *Atrevidas*, por tanto, las consecuencias de esta vulnerabilidad se traducen para estas mujeres en:

- 1) Represión y clandestinidad: “Hubiera sido bonito que antes hubiera sido como ahora, y una supiera y se encontrara algunas personas buenas, y se viviera más en el día y sin esconderse tanto” (Schumacher, 2019, p. 143).
- 2) Una autopercepción nociva, que las expone al abuso de sustancias para acrecentar sus pechos o modificar negligentemente su cuerpo: “Había algunas que no aguantaban y dejaban a medias: se inyectaban apenas un cuarto de litro o, lo que es peor, quedaban tuertas, con una teta sí y otra no” (p. 70).
- 3) Autoexclusión: “Y en el caso de que nos dieran trabajo, va una con el gafete de Juan de los Palotes al cuello... casi que mejor la calle, que es lo peor” (p. 56).
- 4) Una intensa necesidad afectiva de amar y ser amada: “uno necesita quien lo quiera, pero de verdad, con lo bueno y con lo malo” (p. 34); “Luego, la ilusión del amor nos dura años y años, porque creemos que falta que nos hagamos un pelito más mujeres, para que ya caiga. Y siempre mantenemos esa creencia, y nos pulimos, y esperamos” (p. 138).
- 5) Soledad y nostalgia: “Mías, tengo pocas fotos, porque en esa época, la que las tomaba no aparecía, y al revés... Entonces, cuando las saco para recordar cómo era, lo que veo es a las mariconas que por tantos años



- fueron mis amigas, mis enemigas o, como dicen ahora, mis hermanas” (p. 137).
- 6) Dolor: “Hay algo más, que es como el final de toda esta historia dolorosa. Cuando nos morimos, en los certificados y hasta en la tumba nos encaraman con ese nombre ajeno, con esa burla. Una carga con el nombre, como una verdadera cruz” (p. 56).
 - 7) Falta de realización plena: “yo siempre he soñado con ser mamá. Más, de una niña. Con chinearla... vea, si a mí algo me ha dolido de mi condición, es saber que nunca iba a poder embarazarme, ni dar de mamar, ni... eso es lo que yo más hubiera deseado de ser una mujer. Lo demás se logra con hormonas o con aceites, pero yo nunca me metí, porque como le digo, siempre fui bien femenina y esto que yo quería no lo iba a lograr ni con una operación de esas full extra” (p. 40).
 - 8) Frustración: “Se tambalea frente al espejo, y dentro de los párpados tiene más sombras que afuera. Y la sonrisa, o se la dibuja, o no le sale[.] Y no le sale tampoco ningún cliente. Y no le quedan polvos para echarse” (p. 131)
 - 9) Vergüenza y culpa: “Una se enorgullecía de ser bella, pero en su propio círculo, con los hombres con los que se rodeaba y en el espejo, pero en lo íntimo y e la familia sentía vergüenza y culpa, y se alejaba por los maltratos y por no dañarlos a ellos” (p. 142).
 - 10) Alcoholismo: “Aunque se le haya arrugado la esperanza, aunque se haya emborrachado hasta el tuétano, porque solo borracha siente que no siente, borracha solo siente que vive y vive borracha” (p. 131).
 - 11) Discriminación: “Aquí hay mucha discriminación, demasiada. Nos dicen palabras que da vergüenza repetir las, cochinas” (p. 105).
 - 12) Rechazo: “Cuando le dije a mi mamá lo que era [...] ella me dijo que de haber sabido que su hijo le iba a salir así, con afición a los hombres y a la mota, hubiese hecho por dónde sacárselo” (p. 133).



- 13) Asumir con normalidad la violencia: “no me hacían bullying ni nada. Seguro es que pensaban que la vida y la sociedad lo iban a hacer por ellos, que ya se sabe cómo es la gente de tremenda con esas cosas” (p. 64); “Así era como la vida normal, entonces la cárcel” (p. 115).
- 14) Falta de acompañamiento legal y psicológico: “Digamos que en todo lo que me duró la juventud, la viví como travesti, maricon, loca, y así que en esa época nadie le hablaba a una de derechos, ni le explicaba que lo que sentía no era una perversión” (p. 142).
- 15) Sumisión e impotencia aprendidas como parte de la femineidad dentro de la sociedad heteropatriarcal: “ya era una mujer y había aprendido dos de las lecciones fundamentales del universo femenino: a resignarme y a defenderme” (p. 98).
- 16) Exposición a la prostitución desde edad temprana: “Dejé de cumplir años, de cumplir sueños... Barrieron mi infancia entera y la tiraron a la basura. Quiero salir de la bolsa, quiero jabón... Quiero saber qué quiere decir puta” (p. 26); “Porque no sabía aun cómo era el teje, pero uno de mis profes me invitó a subir al carro, dispuesto, como correspondía, a enseñarme” (p. 82).
- 17) Cosificación: “Pagaban, digamos, cincuenta colones y de ahí para arriba, y se hacían dueños de cada cual. Pero el pagador le daba cuidados, éramos sus mujeres, y no eran muy dados a compartir. Entonces no era tan mala vida” (p. 115).
- 18) Infección de enfermedades de transmisión sexual: “Que se cuiden, también, para que no mueran tantas, porque yo digo que lo que pasó con nosotras, que nos infectamos de comernos a los mismos hombres y de no usar protección, ni tener seguro, ni educación ni nada, eso no es justo” (p. 143).



- 19) Drogadicción: “Todos los días que estuvo en Costa Rica me sacó, digamos que a pasear, y gracias a esas vueltas, quedé yo enganchada al perico y con plata suficiente para montarme las tetas” (p. 69).
- 20) Desarraigo: “una difícilmente vive fija mucho tiempo en algún sitio” (p. 142).
- 21) Pobreza: “Quisiera tener una pensión para vivir tranquila y feliz, porque como yo no supe ahorrar en mis épocas, ahora paso penurias. No es como condición de calle ni nada, pero sí que dependo de la caridad y de lo que me rebusque” (pp. 143-144).
- 22) Hambre: “El problema fue que empecé a sentir como una bola que era de hambre y de frío y de mugre y de miedo” (p. 32).
- 23) El viaje, desde una comunidad rural hacia una citadina, desde la familia hacia el aislamiento, desde Centroamérica hacia Costa Rica, o desde Costa Rica hacia Europa; ese viaje, que constituye una huida frente a los poderes que buscan (de)limitarlas: una huida frente al requerimiento de que vivan o el cuerpo con que nacieron y la heterosexualidad; o el ocultamiento, la melancolía y la violencia: “Un mes fue lo que tardé en ajustar la plata para los pases. Me vine a San José en el bus de las seis de la mañana. Con uniforme, así como quien va a la escuela. En sexto grado estaba. Aquí no conocía, pero quedaba largo. No sé si me buscaron. Yo por mí no he vuelto” (p. 17); “Chiquilla tuve que alejarme de la familia por protección, pero de ellos, no mía” (p. 37); “Yo la conocí al poco de llegar a San José, que había conseguido trabajo en un night club” (p. 51); “Ya desde que me fui de casa han pasado más de diez años y finalmente, me he ido quedando acá donde, en comparación con El Salvador, no se corre peligro” (p. 98).



A la luz de esta compleja y alarmante serie de consecuencias de la vulnerabilidad psicológica y social de las mujeres transexuales, es imperativo reflexionar sobre cómo todas estas condiciones socioculturales y psíquicas no solo las continúan colonizando y determinando (“Porque ahora ya no les dicen travestis, sino trans, pero las siguen pensando jóvenes, hermosas y putillas”, Schumacher, 2019, p. 143); sino que también inciden en la calidad de vida de ellas y las lleva, según se narra en el cuento “Esperanza de vida”, a no sobrepasar los 42 años. Esta es una preocupante realidad no solo en Costa Rica, sino también en América Latina:

Hay que decirlo bajito...

La esperanza de vida de las mujeres trans en Costa Rica, es de 42 años...

Hay que decirlo bajito: no vaya a ser que alguien, alguna vez, se entere.

La esperanza de las mujeres trans en Costa Rica, se acaba mucho antes que la vida. (Schumacher, 2019, p. 131)

Es imperativo reflexionar –insístase en ello– sobre cómo se están reproduciendo o deconstruyendo estas condiciones socioculturales y psicológicas contra las mujeres transexuales o en defensa de ellas. Recuérdese: el error no está en el cuerpo trans, sino en la mirada heteronormativa. Por eso, ha sido ineludible examinar aquí, en detalle, el triple espejo de la sujeción presente en *Atrevidas*, porque el cuentario pareciera no invitar explícitamente a deconstruirlo.

3. El triple espejo de la subjetivación

¡Pero basta ya de sujeciones! Porque en *Atrevidas* no todo es oscuro ni está perdido. La identidad también puede ser concebida como una construcción performativa y movediza que el sujeto *está configurando* o *fluyendo* según su elección. En este sentido, la identidad se convierte en un espacio de producción que se resiste al poder hegemónico, la normalización, la dominación. Esta forma de comprender y asumir la identidad implica, por ende, el esfuerzo de liberarse de la alienación y colonización. Implica, en otras palabras, el proceso de subjetivación:



esa posibilidad que tenemos de recrear personalmente nuestra identidad, como un contradiscurso, una palabra autónoma, a partir de la identidad que nos han asignado el orden social, jurídico y cultural (Eribon, 2000; Preciado, 2005; Butler, 2007; Rojas, 2012).

Las mujeres transexuales en *Atrevidas* se apropian de ese “trans que se antepone cuando cada una de estas chicas se reconoce mujer”, de ese trans que “es un rasgo fundamental de su identidad” (Schumacher, 2019, p. 7); y, a partir de ese prejuicio trans o sobre la base de él, despliegan el poder artístico y creador de su subjetivación al mirarse también en un triple espejo: el de ser mujer, ser sin categorías y ser una transexual mayor.

Desde el primer cuento, “Encaje”, mucho antes de los procesos de sujeción, se inaugura y enuncia la subjetivación. La narradora se busca a sí misma, se performa a sí, se disfruta y complace *siendo, fluyendo* quien ella realmente quiere ser:

Entonces, iba de cajonera en closet, de gancho a cosmetiguera; y todo lo que podía me lo llevaba al cuarto de mi abuela, que era el único que tenía un espejo grande. ¡Comenzaba el show y era tan bonito, vieran!
Las chicas casi siempre me quedaban grandes, pero pasaba algo mágico: en el reflejo, yo me veía perfecto... era una gozada. No hacía desfile ni nada, el show era vestirme y mirarme, cambiarme y verme. (Schumacher, 2019, p. 14)

Mantengan en su cabeza esta cita, porque en ella, a modo de íncipitⁱⁱ, se condensan dos códigos para los procesos de subjetivación presentes en el resto del cuentario. Primero, el que las mujeres transexuales construyen su imagen, experiencia de vida real y narrativa en relación con aquellos modelos de feminidad conocidos, es decir, los heteropatriarcales (Missé, 2013). Alguien podría advertir aquí un efecto de sujeción; sin embargo, por el simple hecho de encarnar un modelo de mujer en un cuerpo diferente, el régimen biopolítico entra en crisis. Las transexuales en *Atrevidas* buscan verse y ser mujeres, comportando libremente la plasticidad de su género, identidad y cuerpo:



cogí la ropa interior de mi hermana y una camisa como de tul de una de mis primas para ponérmela como bata... ¡nada más...! ¿para qué más?
Yo estaba como ida, viéndome y viéndome.

[...]

Yo sabía, desde antes de conocerla, que quería parecermele. Tener así los pechos, el cabello largo, ser bien hermosa.

[...]

Las mujeres trans cambiamos de nombre varias veces durante nuestra vida. Una por cada resurrección, como mínimo.

[...]

Ahí, más o menos, dejé primero de fajarme, y aunque había adelgazado un poco, era rellenita y se me marcaban los pechos, y entonces pues la solución fue el brassier y después el pelo largo, aunque en el escenario usaba peluca, claro. Me convertí en una mujer trans.

[...]

yo sigo siendo una mujer trans, pero ahora sé que también soy algo más. Algo más mujer que otras –digo, sin ofender– aunque también recién ahorita es que me voy conociendo y empoderando. (Schumacher, 2019, pp. 16, 51, 57, 65 y 68)

La posibilidad de modelarse plásticamente a sí mismas se manifiesta desde el simple hecho de probarse y vestir ropa femenina, hasta el poder modificar parcial o totalmente el cuerpo, por el deseo de alcanzar la imagen ensoñada de mujer o por el derecho de reivindicarse. Al respecto, dicen la narradora de “Madre” y “La troupe del circo”, respectivamente:

Y así vestida, con otro nombre, no sé, era como una nueva oportunidad de ser, desde cero, otra persona.

Así estoy bien, me veo bien en el espejo y me siento bien también, conforme. Me gusta. A los hombres también. Hace unos años empecé con las hormonas, y si pudiera me pondría unos pechos bien hermosos, pero es caro.

[...]



Para entonces no me veía como ahora, pero tampoco como antes, mi proceso estaba en marcha pero no alcanzaba. [...] Me había hecho una orquiectomía parcial –que es la extirpación de un testículo y que era muy frecuente en el proceso de transición entre las centroamericanas–, tomaba hormonas, me había crecido el pelo y andaba maquillada de día. (Schumacher, 2019, pp. 35 y 97)

La susodicha cita de “Encaje” –la que se les pidió que recordaran– también ofrece la posibilidad de pensar esta plasticidad como un mero juego, una jugada no solo ante el orden sociedad, el control de los cuerpos, la heteronorma, el binarismo, la *scientia sexualis* (Foucault, 2007), sino también un traveso de la idea del *habitus* transfóbico de que la moral y la religión son espacios ajenos y contrarios, imposibles, a la vida de una persona trans o intersexual. Con un tono jocoso y ejecutando la risa como mecanismo de humor y subversión, la narradora de “La mujer que, en mí dormía”, quien hasta su adolescencia descubrió era intersexual y luego decidió ser una mujer trans, se ríe de aquella idea transfóbica, construye y cuenta su experiencia de vida bondadosa y religiosa:

Dios sabe lo que hace, hasta cuando se equivoca... Parece extraño, pero yo misma puedo dar testimonio de que es verídico. Yo soy muy religiosa, pero no del pecado y de la culpa, sino creyente del amor –del amor al prójimo sobre todo, y más si el prójimo está guapo–. Ya en serio, creo en hacer el bien, en los mandamientos, y en Jesús que dijo lo de que el que está libre de pecado que tire la primera piedra. (Schumacher, 2019, p. 63)

La plasticidad, además, les permite a las mujeres trans de *Atrevidas* eufemizar la clandestinidad, porque el espacio privado se transforma en un lugar de realización y felicidad. Así, la habitación –y recuérdese que no era cualquier habitación, sino la de la abuela: la de la tradición femenina– se convierte en un espacio íntima y políticamente abierto. Parafraseando a Eco (1987), podría decirse, entonces, que



no hay nada más abierto que un espacio cerrado, pues desde dentro del *habitus* transfóbico se desmantela el orden. Desde dentro se *travesean* los poderes del lenguaje hegemónico, podría decirse parafraseando a Barthes (2003). Solo desde dentro se puede evidenciar la jerarquía de un centro dominante y se lo puede socavar, diría Derrida (1986).

En el cuento “Pasar lista”, no solo se discurre sobre la formación y modelos de nombres que las mujeres transexuales asumen, sino que también se condensa la idea del *self-fashioning*: ese poder, que Óscar Wilde advertía, de crearse a uno mismo y hacer de la vida una obra de arte (Eribon, 2000). La narradora cuenta cómo estas mujeres cambian de nombre varias veces durante su vida, según performan su identidad. No resulta arbitrario, pues, que varios de los nombres electos sean muchas veces remedos u homenajes a cantantes y modelos: “Dándose una vueltita por Chepe, se puede conocer a Maribel Guardia, Christina Aguilera, Beyoncé, Thalía, Ivonne Núñez, Gloria -la tica- Trevi y otro montón de artistas” (Schumacher, 2019, p. 57). No solo interviene una razón artística en la escogencia de estos nombres e identidades por remedar. Estas cantantes y modelos representarían positiva, significativa y ejemplarmente para las mujeres transexuales, como dijera Schifter:

la mujer dominante, hermosa y rica que no sucumbía al papel de esposa fiel y aburrida ama de casa. Eran mujeres agresivas, diestras con el lenguaje y la ironía, así como económicamente independientes. Los ídolos que imitaban eran seres muy atrevidos, capaces de enfrentarse a la sociedad y a los convencionalismos en aras del amor o la fortuna; indiferentes e inmunes a la moralidad de la época. (1989, p. 69)

Apropiándose, pues, de estos ídolos, y en beneficios de sí mismas, las mujeres transexuales *en-carnan* e *in-corporan* en su cuerpo, psique e identidad, vital, artística y políticamente, un asidero simbólico y contracultural para su (auto)imagen y realización de prácticas sociales y discursivas como mujeres que se atreven “a desafiar, salirse del patrón y luchar por su felicidad” (Schifter, 1989, p. 69).



En “Domingo de Resurrección”, igualmente la narradora da cuenta de su *self-fashioning* al construirse artísticamente como la cantante mexicana Thalía y al son de su sencillo “Arrasando” (2000), el cual se convirtió en 2004 en un himno para la población LGBTIQ+, puesto que aborda temas como el sobreponerse alegremente, empoderarse, recrearse a uno mismo y aprender del pasado ante los obstáculos sociales, envidias, falta de apoyo, críticas por el físico, prejuicios sobre la identidad de género, entre otros. Dice el cuento:

Luego, firmé con el mote de artista que es un nombre que se me quedó de cuando iba a los libaderos y echaba hasta diez monedas en una canción que ponía a sonar una y otra vez y va así: “Arrrrrasssando / con la vida / cosechando / la alegría / no hay obstáculo que me impida / disfrutar / de un nuevo día”. Yo con mis pantalones apretaditos, camisas corticas y las costilas y el ombligo al aire me ponía a bailar como loca y, por eso, fue que el nombre se me quedó. (p. 104)

Así las cosas, en *Atrevidas*, cada vez más se van sumando voces que expresan su satisfacción por la autoimagen y el autorreconocimiento, al verse, llamarse y sentirse mujeres:

elegimos otros nombres que se parecen más a quienes somos. Algunas nos inspiramos en mujeres que hemos admirado, pero en la vida real; otras se ponen los que les hubiera gustado que llevaran sus propias hijas; otras más escogen unos que suenan parecidos a los nombres registrales, digamos que los feminizan, cortándolos o agregándoles una “a” al final o una “yn”, si es en inglés que quieren llamarse.

[...]

yo he podido verme más como mujer, libre de vestirme como quiero, de ponerme guapa

[...]

Eso, que ser mujer no es vestirse, sino ser una misma.

[...]



Se siente bien que la señoreen a uno, aunque yo no me engaño que sea por respeto, sino porque la imagen no les calza y se creen que yo maquillada, con mi pelo larguito y vestida como voy, soy mujer-mujer. (Schumacher, 2019, pp. 57, 121-122, 135 y 143)

A propósito de la última cita, llama la atención la reduplicación del nombre sustantivo “mujer-mujer”, la cual también se encuentra en “Hija” (“me presente como una amiga muje[r]-mujer”, Schumacher, 2019, p. 41). Esta figura de repetición y el sintagma adjetival “ya hecha” (“ella sí ya bailaba, y era una mujer ya hecha”, p. 51; “una amiga que estaba ya hecha y bien hermosa”, p. 70), buscan remarcar la autenticidad femenina; buscan afirmar, como diría La Agrado, personaje trans de la película española *Todo sobre mi madre* (1999): “Una es más auténtica cuanto más se parece a lo que ha soñado de sí misma”.

Como parte del espejo de ser mujer, y en función de los modelos de feminidad asumidos, algunas narradoras también desean ser madres; por ejemplo, la del cuento “Hija”, quien se encarga de la crianza de la hija que engendró con una compañera; o la de “Padre”, quien atestigua cómo la madre trans vela siempre por el bienestar, salud, imagen y alimentación de su niña. Respectivamente, dice en ambos textos:

en el fondo no solo es cómo me siento mejor, sino que es cómo me veo con mi hija, como la mamá. La que la duerme y la peina, la que juega con ella Barbies y cocinita, la que la protege, pero a punta de amor, y canciones, y abrazos...

[...]

Ella tenía el pelo suelto, una tiara, dientes de leche, chancletas plateadas con tacón, una peca blanca que sobre la nariz le había dejado el bloqueador solar, y una cartera de peluche en la que traía un juguito y un paquete de galletas, por si le daban ganas de merendar. (Schumacher, 2019, pp. 41 y 46)

Como colectivo femenino, las mujeres transexuales también apelan a la sororidad: a la búsqueda digna y respetuosa de sus identidades trans; la



(re)invención y embellecimiento no solo individual, sino también grupal; así como al apoyo, hermandad, empoderamiento, protección y seguridad ante el *habitus* transfóbico. Así se lee mayormente en “Hermanas”, pero también en cuentos como “Solo los ríos” o “El hábito no hace a la monja”, como lee respectivamente, a continuación:

Es un grito de guerra, un santo y seña, una bandera blanca, una mano tendida, un puño en alto, una palabra sola, que es propia y ajena y sacra: hermana.

[...]

En mi mente yo me hacía como en un paraíso, donde entre mujeres yo me integrara, y escapara de las violencias y violaciones que se viven a diario [...] Luego, la Angélica salió libre, y vinieron a darnos los talleres a todas las que estábamos ahí, que éramos unas cuantas, y fue bello, porque nos traían cosmetiqueras, y nos reunían, y el clima un poco se modificó. Porque siguieron los abusos, pero teníamos el tupé de decir que íbamos a denunciar, y medio se calmaban.

[...]

Cuando llegué a Transvida, vine feliz a aportar lo que pudiera con mi experiencia, y a aprender, también, que siempre se puede. Contenta de que existiera un lugar seguro para las mujeres de ahora, que ya de una vienen casi sabiendo que lo que son no es travestis, ni locas, sino trans. Dándome, eso sí, mi lugar de dignidad y de compañerismo. (Schumacher, 2019, pp. 43, 125-126 y 134)

En cuanto al ser sin categorías, las voces de los cuentos “Hija” y “Padre” hablan de sí o del personaje trans en términos de ambigüedad: se representan o las representan como personas andróginas o bisexuales. Asumen esta ambigüedad como un valor más de la subjetivación y una potencia para contravenir los prejuicios que definen a las personas trans como transexuales, o bien las conciben como travestis u homosexuales. La narradora de “Hija” es rotunda al respecto: ella *fluye* su identidad y se adapta a las circunstancias de su vida, no solo desestabilizando las etiquetas identitarias, sino también neutralizando los estigmas en torno a los trabajos sexuales que ejecuta para mantenerse:



Me pusieron un nombre raro, de esos que no se sabe bien si son de hombre o de mujer, y que si se dicen en diminutivo suenan más bien femeninos.

Mi cuerpo, igual: prácticamente, yo no he tenido que hacerme nada, siempre fui flaca, pelilarga, sin acné ni esas cuestiones, más bonita como mujer que como varón. Lo que más me gustaba era bailar, pintar, hacer oficio y... las motos.

[...]

Esas cuestiones de ser trans o travesti o gay o qué, no han sido lo fundamental para mi persona. yo soy yo y eso me basta.

[...]

Ya ahí yo busqué hacerme camino, y sobre todo, más bien que al tuerce. En la calle siempre me fue mejor como mujer, pero lo cierto es que entraba a lo que se pusiera, más si parecía que era un buen negocio. (Schumacher, 2019, pp. 37-38)

En el cuento “Padre”, asimismo, la voz alodiegética presenta a Marina y a su hija pequeña, ambas vestidas de princesas en la Marcha del orgullo. La niña al final del texto invita a la voz y al lector a reconocer con naturalidad e impasibilidad a su padre, a esa mujer que vela por ella y goza plena y abiertamente su transexualidad: “—¿Usted ve a mi papá? —me preguntó. Y mientras yo señalaba hacia la multitud, quiso saber— ¿Verdad que se nota que nuestros vestidos de princesa son iguales, idénticos?” (Schumacher, 2019, p. 46).

Finalmente, en el espejo de ser una transexual mayor, se miran las narradoras de “El hábito no hace a la monja”, “Fotos de las de antes” y “Señora”. Ante las adversas condiciones de vida y trágicas realidades experimentadas por muchas mujeres transexuales hasta la edad de 42 según el cuento “Esperanza de vida”, las narradoras de dichos relatos construyen imágenes más conscientes de sí, su existencia y la sociedad, aunque no exentas de dolor y nostalgia. Son imágenes que les recuerda sus distintas transformaciones a lo largo de la vida. Imágenes reflexivas, valiosas y aún abiertas sobre lo que significa ser mujeres transexuales mayores a 42 años, sobre todo, sobrevivientes. Unas sobrevivientes quienes ven su edad no con gerascofobia (temor a envejecer), sino como un orgullo y privilegio



ante la discriminación, injuria y violencia que el *habitus* transfóbico las ha hecho padecer:

Envejecer no es fácil para nadie, no luce. Pero para nosotras las trans, es más difícil. Para nosotras, envejecer es un lujo. Es sobrevivir, es haberse salvado. Es una maravilla, más que nada ahora que tenemos donde reunirnos y compartir y estar seguras... sanas y salvas, con achaques de la edad que, sinceramente, se agradecen.

[...]

Yo, en cambio, decidí que viviré para siempre con mi misma apariencia. El vacilón es que ahora, que ya soy mayor, porque donde me ve, ya dejé botados los cincuenta, me dicen señora.

[...]

Igual, yo estoy muy orgullosa, y en mi interior, pienso que ya que llegué hasta acá sin enfermarme de nada, conservadilla y con garbo. A lo mejor llego a ser, también, un día, la más mayor de todas y rompo un récord, y me alcanza de nuevo la fama. (Schumacher, 2019, p. 133 y 143-144)

Unas sobrevivientes quienes llegaron a comprender por sí mismas y para sí que el género femenino que performan no se encuentra en la ropa o físico, sino en la autopercepción y autoexpresión, sin que por esto demeriten su imagen y belleza juveniles o se lamenten de haberlas perdido:

Ya no me visto, yo, ni me empeluco, ni me encaramaría tacones, ni nada de ná... Ya no, pero que nadie se confunda al verme: soy bien mujer. Así me siento, y lo tengo clarísimo, en el corazón y en la mente, que es donde importa, ¿no?

Ya no me visto, yo, ni me maquillo... es, sobre todo, por respeto a mí misma. A la imagen que tenía y que atesoro en fotos y recuerdos.

[...]

Yo siempre fui elegante, tuve prestancia y unas piernas que, por donde pasara, hacía un revolú, daba de qué hablar. (Schumacher, 2019, p. 133)

Unas sobrevivientes, quienes deconstruyen la estigmatización y prejuicios que las han colonizado y se permiten recuperar a su familia, nexos amorosos y encuentran en sus parientes un refugio, un espacio de aceptación, paz y realización



más sereno y seguro. Allí, en su nuevo hogar, pueden seguir siendo ellas mismas sin temores, respetadas y en la medida de lo posible realizadas:

Entonces, no sé, ya la plata no alcanza, y de pronto como que vuelve a aparecer la familia: esa hermana, con la que una mantuvo contacto, que una vez perdida ha ido a visitar y le ha chineado los hijos, le ofrece a una un cuartito ahí por las pilas, en su propia casa. Y una al principio dice que no, por digna, y porque sabe que una vez dentro del núcleo, tendrá que guardar algunas apariencias. Pero después, cede. Porque la sangre jala, y porque han sido muchos años de vivir con tanto orgullo.

Para una que ha sido de la calle, de las pensiones y así, la casa es como un descanso, y se entretiene limpiando, hasta dejarla como un ajito. Es como ser ama de casa, aunque sea de ajeno, una lo hace con gusto y se va como sosegando: usa chorcitos y chanclas y se saca las cejas y mantiene las uñas pintaditas, pero cortas... Al fin, como una ya no usa zorros, y le quedan cuatro greñas, pues se las corta. No es que una sea otra, ni jampas que se arrepiente. Es que también viene bien un poco de paz. (Schumacher, 2019, p. 139)

Unas sobrevivientes, cuya sabiduría vital que han adquirido las convierte tanto en memoria individual y colectiva de la transición social con respecto a la visibilidad, comprensión, aceptación y reconocimiento legal de las personas transexuales; así como en maestras para las nuevas generaciones de mujeres transexuales. Ellas, aunque viviendo todavía ciertas penurias, rechazo y soledad, reconocen avances en autopercepción, derechos, educación, condiciones sociales e incluso tecnologías, los cuales le permiten a la juventud transexual, hoy, calidad de vida:

Además, ahora hay menos traídos con la ley –que del todo nunca va a permitarnos existir en tranquilidad, pero ya o abusa ni corretea ni encarcela como antes–. Ahora hay una conciencia, y no es que haya más cantidad, porque antes fuimos también muchas, pero clandestinas, y lo nuestro era la noche y estar entre nosotras y con los hombres, porque era más seguro, hasta que se fueron yendo o muriendo. O, de viaje las mataron.

Pero de las cosas de ahora, una que me hubiese gustado, es que hubiera habido la tecnología. Así, en vez de fotos de las de antes, tendría yo muchos selfies míos, de aquella época. (Schumacher, 2019, pp. 139-140)



4. Una invitación vigente

En suma, *Atrevidas* logra representar las realidades polifónicas que mujeres transexuales viven en Costa Rica, en medio de un doble proceso tenso de sujeción y subjetivación, a fin de construir sus identidades, género y vidas. Esta construcción las enfrenta a espejos que buscan, por un lado, subordinar, silenciar e invisibilizarlas; mientras, por otro, las empodera, las invita a reescribirse movedizamente; les permite decirse y que sean escuchadas porque, como se dijo al comienzo, esta es la relevancia de este cuentario: permitir que las mujeres trans tomen literaria y políticamente por primera vez la palabra. Por eso, se ha querido citarlas tanto, dejarlas hablar a ellas.

De esta manera, usted, como persona lectora, queda con el compromiso de reflexionar empática, estética y éticamente sobre el ejercicio de sujeción sobre la población transexual en Costa Rica, América Latina y el mundo; o bien sobre las posibilidades de subjetivación que las sociedades, parcial o totalmente, les han propiciado. Usted, como persona lectora, queda implicado gracias a la literatura a, como diría Missé (2013), conocer por qué y cómo opera el texto cultural transfóbico, y a deconstruir poética y políticamente, por el bienestar humano, la institucionalización y el sistema del *habitus* transfóbico. Los espejos ahora miran a usted.

Notas

ⁱ Por un lado, Amoretti explica sintéticamente el término *texto cultural* propuesto por Cros (1995) de la siguiente manera: “una organización semiótica subyacente en un objeto cultural, cuyos vectores de sentido se observan en los fragmentos de un esquema narrativo heredado y desembocan en una valencia ética; por eso, el texto cultural es un “signo del orden dóxico” (2003, p. 26). De ahí que dicho texto se enfatice “en la fenomenología de una ética convertida en texto: pues la doxa que se pone en juego, al tiempo que nos juega, revela la jugada” (p. 25). De esta manera, “a través del texto cultural nos enfrentamos a la *parusía* del momento ideológico y sus estructuras simbólicas; el texto cultural hace posible el advenimiento del



universo moral que nos enfrenta a nuestros propios valores; él provoca el momento de revelación de nuestros actos auténticos y de nuestros actos falsarios” (p. 25). Por otro lado, Cros concibe al *sujeto cultural* como: “una instancia que integra a todos los individuos de la misma colectividad: en efecto, su función objetiva es integrar a todos los individuos en un mismo conjunto al tiempo que los remite a sus respectivas posiciones de clase [social]” (2003, p. 12). Además, de esta posición de clase, habría que agregar a la definición de Cros el hecho de que el *sujeto cultural* también remite a los individuos a las particularidades de género, etnia y aun orientación sexual. Considerando, pues, esta enmienda es como se usa en este artículo el concepto de sujeto cultural.

ⁱⁱ Para Amoretti, “[e]l comienzo de un texto es un lugar estratégico de condensación de sentidos. Desde el arranque, el texto organiza una serie de códigos que pueden orientar la lectura crítica [...] El incipit, entonces, lanza las huellas de un trabajo textual productor de ideología y, al ser la iniciativa de la palabra, fija sus presuposiciones y jurisdicción” (1992, p. 66-67).

Referencias bibliográficas

- Amoretti, M. (1992). *Diccionario de términos asociados en teoría literaria*. San José: EUCR.
- Amoretti, M. (2003). Sociocriticismo: Institucionalidad e historia de un cuerpo teórico en formación”. *Filología y Lingüística*, 29 (1), 7-30. Recuperado de <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/filyling/article/view/4469/4286>
- Angulo, C. (2018). *Verso diverso. Antología poética*. San José: Cartón-ERA.
- Bajtín, M. (2003). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica. Recuperado de <https://ayciiunr.files.wordpress.com/2014/08/bajtin-mijail-problemas-de-la-poetica-de-dostoievski-pdf.pdf>
- Barthes, R. (2003). *Placer del texto y Lección inaugural*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Butler, J. (1995). Las inversiones sexuales. En Ricardo Llamas (comp.). *Construyendo sidentidades. Estudios desde el corazón de una pandemia* (pp. 9-28). Madrid: Siglo XXI.
- Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos de poder*. Valencia: Universidad de Valencia.



- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- Calvo, A. (2013). El tabú sexual en el español de Costa Rica: análisis sociolingüístico. *Káñina*, 37 (1), 177-201. Recuperado de <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/kanina/article/view/10582/9973>
- Campos, R. (2010). Lexías utilizadas por los estudiantes de noveno año del período lectivo 2009 del Instituto de Educación Integral para referirse a personas homosexuales. *Revista Educación*, 34 (2), 35-60. Recuperado de <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/educacion/article/view/486/477>
- Cros, E. (1995). *D'un sujet a l'autre. Sociocritique et Psychanalyse*. Montpellier: CERS.
- Cros, E. (2003). El sujeto cultural: de Émile Benveniste a Jacques Lacan. En *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis* (pp. 11-30). Colombia: Fondo Editorial de la Universidad EAFIT.
- Derrida, J. (1986). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- Eco, U. (1987). *Lector in fabula: la cooperación interpretativa en el texto narrativo*. Barcelona: Lumen.
- Eribon, D. (2000). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama.
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Genette, G. (1989). *Figuras III*. Barcelona: Lumen.
- Missé, M. (2013). *Transexualidades. Otras miradas posibles*. Barcelona-Madrid: Egales.
- Molina, C. (2006). Cómo se analiza una novela. Teoría y práctica del relato, I. *Per Abbat: Boletín Filológico de Actualización Académica y Didáctica*, 1, 35-60. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2161743>



- Preciado, B. (2005). *Multitudes queer*. Notas para una política de los “anormales”. *Revista de Filosofía*, 19, 157-166. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/NOMBRES/article/view/2338/1275>
- Rojas, J. P. (2012). *El gato de sí mismo, de Uriel Quesada: Novela de la travestización literaria*. Tesis de maestría. Universidad de Costa Rica.
- Schifter, J. (1989). *La formación de una contracultura: Homosexualismo y Sida en Costa Rica*. San José: Guayacán.
- Schumacher, C. (2019). *Atrevidas. Relatos polifónicos de mujeres trans*. San José: Perro Azul.
- Soto, C. (5 de febrero 2020). “Atrevidas”, el libro en el que mujeres trans cuentan sus historias, gana el premio nacional de literatura en cuento. *La Nación*. Recuperado de <https://www.nacion.com/viva/cultura/atrevidas-el-libro-en-el-que-mujeres-trans/CR7HAFMOR5HZNKGUPBKUYPLK44/story/>
- Valles Calatrava, J. R. (2008). *Teoría de la narrativa. Una perspectiva sistemática*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert.

